



Tribuna APOLOGÉTICA

¿Qué culpa tienen los niños que mueren sin bautismo?

Los niños que mueren sin bautismo, según observa Balme, no gozarán de la bienaventuranza que consiste en la visión intuitiva de Dios; pero tampoco serán atormentados. Los Doctores de la Iglesia enseñan comunmente que dichos niños, aunque privados de la bienaventuranza eterna, se hallarán en un estado de vida tan dichoso que aquel modo de vivir será para ellos mucho mejor que carecer de existencia.

Pero alguno insistirá de nuevo: «¿Y sólo por el pecado original, estos niños incapaces de pecado personal, han de ser excluidos de la gloria?».

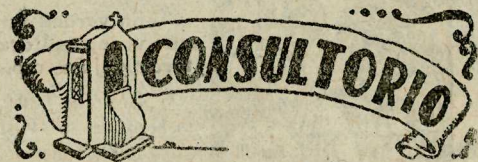
Para deshacer esta dificultad téngase en cuenta que el estado de bienaventuranza eterna no es natural sino sobrenatural al hombre y, por tanto, sólo por medios sobrenaturales se puede llegar a él. Ahora bien, ¿cometería Dios alguna injusticia no elevando a semejante estado a alguna criatura suya? De ningún modo; porque cuando da a un ser todo aquello que le pertenece según el orden de su existencia en el mundo, el Creador ha llenado la exigencia de su naturaleza, y el ser así creado no da ningún derecho para recla-

mar del Supremo Hacedor una participación más amplia de sus dones.

Un príncipe, por ejemplo, quiere premiar a dos siervos suyos; pero a uno le concede una recompensa extraordinaria y le hace colega suyo en el poder, mientras al otro le recompensa sólo según sus méritos, ¿comete alguna injusticia?... Pues ése es el caso de los niños de los cuales uno muere con bautismo y el otro sin bautismo.

El niño muerto sin bautismo podrá tener conocimiento y amor de Dios en el orden puramente natural, y con esto alcanzará una felicidad natural.

A más no tiene derecho, y en no concederle más Dios no le hace agravio.



Me pongo a orar y con frecuencia me distraigo. ¿Qué remedio me da usted para este mal? —Virginia.

—San Bernardo señala varias fuentes de distracciones: 1.^a) Tropel de pensamientos e imaginaciones que no dejan atender a lo que se ora. 2.^a) Muchedumbre de remordimientos de los pecados cometidos que causan desconfianza y desaliento para hablar con Dios. 3.^a) Tropel de necesidades y miserias del cuerpo y de ocupaciones y cuidados del mundo.

Se podrían añadir otras: Inquietud y desasosiego provenientes de chismes enredos, trapiondas, murmuraciones, etc.; afectos desordenados; simpatías y antipatías mal reprimidas...

¿Es usted novelera y peliculara?... No se extrañe que se ponga a orar y la oración le resulte difícil... Las películas y novelas pegan el corazón a la tierra; la oración lo eleva hacia el cielo.

¿Es usted chismosa y murmuradora?... No se extrañe que no pueda hacer oración. La oración requiere ánimo reposado y tranquilo. Hablar con Dios es obra de amor y de paz.

EL MAGO

CASA DIOCESANA DE EJERCICIOS

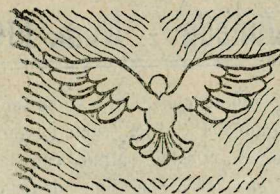
ABRIL

23-29 Señoritas. Rdo. R. Echeberría.

MAYO

30-6 Señoritas. Congregación Mariana.
7-10 Col. S. Jorge. Rdo. L. J. Gardénes.

¿Puerta estrecha? Le dijo uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? El le dijo: Esforzaos a entrar por la puerta estrecha. (Luc. XIII, 23-24).



TEOLOGÍA POPULAR

LA LITURGIA DE LA MISA

IV

Con el Ofertorio comienza la Misa propiamente dicha. El sacerdote y los fieles están limpios. Se palpa la presencia de Cristo en medio de la Comunidad cristiana.

Ha llegado el momento de presentar la materia para el sacrificio. Es también el momento de unir nuestra inmolación con la de Cristo. Esta materia del sacrificio se ofrece al Padre, para que con su mirada benigna se digno bendecirla y aceptarla.

Dios exige más limpieza todavía. Por eso el sacerdote lava sus manos, invoca a la Santísima Trinidad y a los Santos y pide a los fieles que intensifiquen su plegaria.

El sacerdote eleva un canto de alabanza al Dios tres veces santo, ante cuya presencia va a presentar al Cordero inmaculado como expiación de los pecados de todo el mundo.

Y ha llegado el momento cumbre. El sacrificio va a realizarse. Cristo va a estar en el altar en estado de víctima. El sacerdote pronuncia las palabras creadoras:

«Este es mi cuerpo», «esta es mi sangre». Ya está Cristo sobre el altar.

Siguen oraciones de petición, de acción de gracias, y empieza la preparación para participar del sacrificio por medio de la Comunión del sacerdote y de los fieles.

Recordemos que el sacrificio no es de Cristo sólo, sino de sus miembros. Por eso la Comunión dentro de la Misa es una exigencia del Sacrificio, hasta el punto de que, por lo menos la del sacerdote, es del todo necesaria.

Terminada la Comunión, viene la acción de gracias litúrgica, y con ella termina el sacrificio. El sacerdote despide al pueblo: «Podéis marcharos; la Misa ha terminado».



«No se comerán el Mont-Blanc»

El Padre Combalot, célebre predicador del siglo XIX, predicaba cierto día en una iglesia de Lyon sobre el Papado. Era poco después del Concilio Vaticano donde se definió el dogma de la infalibilidad pontificia (1870).

Tras de haber flagelado con su vigorosa palabra a los incrédulos de aquel tiempo, especialmente a los que murmuraban de la Iglesia y del Papa, amenazándoles con hacerles desaparecer para siempre, el orador descendió del púlpito a pasos lentos, mas luego se arrepintió y tornó a subir.

—Hermanos míos—dijo a sus sorprendidos oyentes—, desde esta ciudad de Lyon podéis ver el Mont-Blanc, ¿no es así? Pues bien, yo os lo digo, no le comerán las ratas... Los oyentes sonrieron comprensivos. El Papado es el Mont-Blanc; las ratas, sus enemigos.



Una princesa malgache camino de los altares

En poco tiempo se han introducido estas causas de beatificación:

Primera. La del Cardenal Marcelo Spinoia, Arzobispo de Sevilla, muerto en 1906.

Segunda. La de Mgr. Mamerto Esquiú, Obispo de Córdoba, en Argentina, O. F. M., que murió en 1883.

Tercera. La de la Sierva de Dios, Dña. Victoria Rosoaramanivo, de la familia real de Madagascar, nacida en Tananarive, en 1876, y muerta en 1894.